

LENTAMENTE nos van llegando a las carteleras españolas películas distintas, asombrosas, realizadas desde planteamientos bien distintos a los cánones clásicos del cine americano. Un cine de ruptura que participa en la lucha de unos pueblos oprimidos por alcanzar su libertad. "Cantata de Chile" es un acto de solidaridad con el pueblo chileno", dice Humberto Solás, este joven director cubano que hace años asombró con su "Lucía" y ahora ha realizado un trabajo más complejo y difícil en esta película que parte de la narración de la masacre sufrida por los mineros chilenos en 1906 en Santa María de Iquique, pero que va más allá: "Cantata de Chile" analiza con rigor la evolución política de los obreros chilenos desde la resistencia araucana hasta la derrota de la Unidad Popular allendista. Y lo hace en un lenguaje que a muchos sorprende y a otros molesta, un lenguaje didáctico y al tiempo poético que trata de ensamblar las emociones y la lucidez de este director:

—Considero que la cultura socialista es una cultura en conformación, que ya tiene grandes autores, pero que aún no ha cristalizado. Quizá porque es muy reciente o quizá porque esta solución de continuidad que propone Lenin, unido a una voluntad de ruptura y de cambio, no ha logrado todavía el equilibrio necesario. Sin embargo, en la obra de Eisenstein ya se notan concreciones de una futura cultura socialista. Me ha entusiasmado desde adolescente este criterio suyo del arte cinematográfico integral, de integración de todas las demás artes. Esto está realizado espléndidamente ya en "Iván el terrible, segunda parte", y aunque es una película que data de los años cuarenta, me parece que es una lección que no ha sido recogida. Modestamente, en "Cantata de Chile" he querido responder a ese criterio. En "Lucía", sin embargo, elegí una narrativa tradicional que se acercaba más al cine de la primera etapa de Visconti.

Humberto Solás cuenta cómo, en su adolescencia, recibió dos impactos que conformaron su vida: el descubrimiento del cine y el descubri-



"Cantata de Chile" es un acto de solidaridad con el pueblo chileno". (Fotograma del film.)

HUMBERTO SOLÁS, DIRECTOR DE "CANTATA DE CHILE"

Entre Eisenstein y Visconti: la ruptura y la tradición

DIEGO GALAN

miento de la vida política, en su actividad de guerrillero urbano contra Batista:

—Es decir, por un lado la revolución, la combatividad, la actitud para desarrollar mecanismos de ruptura y la capacidad para desgarrarme cotidianamente y tratar de transformar la realidad que me rodeaba. Y por otro lado, estoy recibiendo un legado cultural, cinematográfico, que significa un poco una expresión muy decantada de lo bueno de la cultura burguesa. Fue "Senso", de Visconti, la película que más me afectó hasta que años más tarde descubrí el cine soviético: Eisenstein, Dovjenko, Pudovkin... Entonces, en función de la revolución y de ser un artista de la revolución, yo no me podía imponer como meta desarrollar una especie de cultura de laboratorio planteándome "vas a hacer el arte de ruptura por el arte de ruptura" y caer en el izquierdismo infantil de negar todo un legado, una herencia maravillosa. Consciente o inconscientemente, vivo como

cineasta en términos de una dicotomía: por un lado, hacer un cine que corresponda a este legado de la cultura universal partiendo en mi elaboración de la premisa condicionante de elaborar un análisis marxista del periodo que voy a tocar, pero manteniéndome, contradictoriamente, dentro del patrón de un lenguaje que corresponde a la tradición.

"Cantata de Chile" en este sentido supuso para Humberto Solás una difícil prueba. ¿En qué términos, de qué manera, se podía anar esa inquietud lingüística con la necesidad de un espectáculo que ofreciera una panorámica viva y lúcida de la historia del pueblo chileno? Algunos han considerado que el resultado ha caído en un esteticismo gratuito, mientras otros entienden que la alegoría, la épica, tantas veces soñadas por Eisenstein o por Brecht en sus distintos caminos, alcanza un grado de interés pocas veces visto en el cine militante:

—Yo podía haber contado

la matanza de Iquique de una forma lineal, tradicional, pero eso no me interesaba porque no era una película testimonial lo que yo buscaba. Había partido de una interpretación marxista de la historia de Chile (y esto ya suponía una ruptura, puesto que la historia ha sido hasta ahora manipulada por la burguesía, de forma que se han tergiversado los extremos de su realidad) y necesitaba, por lo tanto, un lenguaje filmico que estuviese a la altura de esa ruptura. No se podía hacer lo que se conoce como panfleto porque esto significa un mensaje rápido, esquemático, de denuncia y nosotros queríamos reflexionar sobre la historia de Chile: no era, por lo tanto, suficiente un lenguaje de choque de emergencia, sino, por el contrario, otro de gran complejidad. Porque la película existe en estos términos, es decir, encontramos al estudiar la historia de Chile que era la de una nación que se expresaba en una lucha en constante ascenso. Es una historia singular en el continente: por un lado ha existido siempre una

vieja tradición sindicalista frente a una tradición de vocación fascista en la burguesía chilena. Las contradicciones propiciadas por estas dos situaciones propiciaron un mundo muy vital que en términos de lucha de clases podríamos calificar como específicamente activo. Para nosotros era importante contar este planteamiento y para eso había que recurrir a un montaje de concatenación: explicar los sucesos de Iquique en función de toda una tradición histórica. Había que ofrecerle datos al espectador para que pueda comprender los acontecimientos del presente. De esta forma, me parece evidente que se desprende de la película la necesidad de que el pueblo chileno encuentre



Humberto Solas.

una vía de lucha más lúcida, agotada ya también la vía parlamentaria, camino vedado para Chile. Si esta nación quiere encontrar una liberación económica y nacional, es obvio que sólo podrá lograrlo en términos de lucha armada: esto podrá ocurrir dentro de veinte años, de treinta o de cuarenta, pero es su única posibilidad. En Latinoamérica no hay posibilidades de desarrollar vías similares a las europeas: no hay condiciones objetivas ni subjetivas para ello. Podremos engañarnos durante años, pero finalmente habrá que encontrarse con la única realidad posible para el continente y su liberación definitiva.

"Cantata de Chile" se conjuga así como una película que rompe los moldes de un cine militante muchas veces envanecido de sí mismo para abrir las puertas no a la experimentación —porque ya hay logros—, sino a la renovación, a la ruptura. Una lección que hay que tener en cuenta. ■

La edad instantánea

ESTABA yo viendo la televisión tranquilamente, ahora que ya no mantengo relaciones sexuales con el aparato, cuando se me apareció la Virgen de Lourdes. Era la semana santa pasada y al principio no podía dar crédito a lo que veían mis ojos y escuchaban mis oídos. Dejé transcurrir un tiempo prudencial en cura de cualquier pasajera alucinación, con la secreta esperanza de que se tratara de un milagro interrumpido debido a la pésima calidad del whisky de fabricación casera que, de todas las maneras, es necesario ingerir para echarle valor y distancia-

miento al viacrucis electrónico, pero el vaso estaba intacto y el discurso mariano del palcolor iba in crescendo.

Educado en el más estricto volterianismo de tradición norteña, limitando al sur con los barbudos de la Institución Libre de Enseñanza y por arriba con el Imperio racionalista de su británica majestad, siempre pensé los milagros como interferencias propiamente dichas: meros interruptores de la sindéresis general debidos a pasajeras e intransferibles perturbaciones del lenguaje de los niños, las doncellas, los pastores, los célibes y otros seres simples, tradicionalmente expuestos a este tipo de patologías infantiloides. Pero aquello de la otra semana no era una interferencia televisiva, sino un programa titulado Primera página, vale decir, un reportaje de proclamada seriedad periodística emitido con todas las bendiciones a través de un medio de comunicación de titularidad estatal. O sea: jurídicamente un milagro. Y por dos razones simples y contundentes: porque no puedo creer que RTVE incumpla tan escandalosamente el texto constitucional en materia de neutralidad religiosa ("Ninguna religión tendrá carácter estatal", 16-3), y porque me resulta inimaginable, por no decir aberrante, que los profesionales de Prado del Rey utilicen alegremente un género informativo que siempre ha de estar basado en hechos probados, mundos, contantes y lirondos para referir fantasmas ilegales.

Por eso digo que aquello no era una interferencia, sino un milagro electrónico. El locutor me contaba que allí se le había aparecido la Señora a la señorita Bernardette, que ambas mantuvieron un interesante e intenso diálogo y que la Madre de Dios le transmitió a la vidente un preciso mensaje de la Divinidad a la Humanidad. Y el tipo nos decía estas insensateces con el tono de

las verdades de razón, con el lenguaje de los juicios analíticos, con los fonemas de la verificación neopositivista, con la desfachatez inconfundible del estilo de la certidumbre, con la morfología del siempre estremecedor discurso de la verdad: como si estuviera narrando los avatares administrativos de un Consejo de Ministros o del Sporting-Madrid. El reportaje iba en serio

y yo con aquellos pe- los racionalistas, recitando a modo de conjuro la máxima de Hume que me había inculcado mi abuelo, el ateo y el republicano, desde mi más tierna infancia, que reza: "Ningún testimonio es su-

ficiente para establecer un milagro, a menos que el testimonio sea de tal especie que su falsedad sería más milagrosa que el hecho que trata de establecer".

Pero todo fue inútil: el medio estatal insistió en lo de Lourdes, y por si la aparición no estaba del todo clara, acto seguido emitió otro similar reportaje sobre la llamada Sábana Santa, con hilos analizados por la NASA y señales interpretadas por jesuitas científicos, con el fin de demostrar empíricamente (sic) la resurrección de Jesús de Nazaret.

Dos milagros en apenas una hora de comunicación estatal es record informativo que no creo que supere ninguna televisión de un país democrático y que no tengo más remedio que explicar, a beneficio del ya gilipollesco coyunturalismo electorero que se traen los partidos de izquierdas para conseguir los votos y el "imprimatur" de los católicos. Ahí están los resultados: otros cuatro años y un día de ucedismo y un par de milagros semanales por la "tele", para que las supersticiones que habían combatido nuestros abuelos no decaigan.

Justifican estas aberrantes concesiones a la mirada fanática diciendo que no hay que lastimar las susceptibilidades del prójimo creyente. Pero no les preocupa lo más mínimo herir las racionalidades de ese otro prójimo que se niega a comulgar con tales falacias. Hablan de sociología a propósito de las religiones místicas como si la racionalidad fuera una vergonzante excepción psicológica. Siempre había querido ser como mi abuelo, pero según me advierten los partidos de izquierdas, lo de republicano no puede ser por razón de Estado. Lo de ateo, ya se sabe, por causa del lamentable estado en el que se encuentra la Razón gracias a la coña marinera del coyunturalismo ese. ■

ESTADO DE MILAGRO

JUAN CUETO ALAS